

Mateo y el Gran Enredón

Un cuento creado para Mateo



Mateo y el Gran Enredón

Para Mateo, nuestro superheroe favorito. Con amor, mamá y papá.

Mateo caminaba hacia la plaza con Luna. —¡Rawr! —ensayó—. ¿Oíste, Luna? Sonó como un pollito resfriado. Hoy había sopaipillas calientes, y un dinosaurio necesita buena voz. Doblaron la esquina. Y la plaza... ¡la plaza estaba toda envuelta en colores!



—Una sola cinta, ¡y sin punta! —suspiró Doña Pili. Le dio a Mateo la última sopaipilla, y él la guardó. Subió al muro, rugió de rabia y salió un hilo. —¡Suelta! —chilló, y el hilo se despegó. Entonces inventó: ¡Raaawr! ¡Hilos, hilos, a trepar! ¿Qué más podría hacer?



Mateo rugió, pegó un hilo al carrito y tiró, tiró, tiró. ¡Los nudos se apretaron! —Iiiip —chilló el carrito, y la olla saltó. —¡Suelta! —dijo Mateo. Luna miró su bolsillo. Y de pronto, desde la calle: —¡Jijiji! La punta de la cinta se fue culebreando.



—¡Agárrate, Luna! —Mateo pedaleaba como un trueno. En cada farol, la cinta giraba hacia la derecha. Una bolita peluda rodó más rápido que la bici y trepó, trepó, trepó. ¡Cras! La bici quedó envuelta. ¿Quién se reía allá arriba?



Mateo bajó de la bici enredada y miró la torre. Era altísima. Suspiró y se dio media vuelta. Pero Luna se le plantó delante, paró las orejotas y ladró: —¡Guau! Mateo escuchó. Allá arriba, alguien sollozaba. Tragó saliva. —Voy a subir —susurró.



Mateo apoyó las manos en la pared y respiró hondo. Le temblaban las piernas. ¡Raaawr! ¡Hilos, hilos, a trepar! Pega, suelta, pega, suelta: subió ladrillo a ladrillo, sin mirar abajo. En la entrada redonda, una vocecita gritó: —¡Vete! ¡No me persigas!



Enredón lloraba bajito. Le sonó la guatita: ¡grrrr! Mateo le dio la mitad de su sopaipilla. —Enrollo todo para que alguien juegue conmigo —dijo. Mateo pensó: ¿y si giramos al revés? Enredón sacó la punta y se agarró de su capucha. ¿Funcionaría?



Ya abajo, Mateo rugió: ¡Raaawr! ¡Hilos, hilos, a trepar! Pegó un hilo a la cinta y caminó hacia la izquierda. Enredón giró con él, sujetando la punta. ¡Plaf! La cinta cayó suelta. —¡Funciona! —gritó Mateo. Luna saltó al canasto. ¿Servirá también en la plaza?



En la plaza, Mateo pegó un hilo a la cinta del farol. ¡Raaawr! ¡Hilos, hilos, a trepar! Pedaleó en círculos hacia la izquierda, y Enredón giró con él. Las vueltas se soltaron, una, otra, otra. ¡Plop! El carrito quedó libre. Doña Pili miró a Enredón. ¿Qué diría?



Doña Pili le dio una sopaipilla a Enredón. Él vio los audífonos anudados del señor: —Perdón, eso fui yo. Los vecinos saltaban la cuerda. Luna recibió su trozo. ¡Raaawr! ¡Hilos, hilos, a jugar! Mateo rugió bajito, Enredón rugió bajito, y Luna ladró contenta.



Fin

Creado con cariño en misuperheroe.cl

El viernes, el carrito de sopaipillas de Doña Pili amaneció atado con una cinta de colores, y alguien ríe «jijiji» desde lo alto. Mateo tiene un rugido que le tiembla, una perrita de orejas enormes y unos hilos que no sabía que tenía.